EL MUSEO DESLUMBRANTE — II —

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

Es cierto que he venido para ver a Grecia, pero también es cierto que no es posible tratar de acercarse a ella, sin ir a esos desapacibles lugares que llamamos museos. Y hay todo un programa en Atenas: el Museo Arqueológico Nacional, el Museo Bizantino, el Museo Benaki, el Museo de Arte Popular, el Museo Etnológico, el Agora y la Acrópolis. Esto en el centro de la ciudad, porque también existen sus riquísimos alrededores, las ruinas bizantinas, las modernas catedrales, Plaka y todos los barrios del norte con su espíritu y su encanto tan singulares. Además es necesario ir hasta el Pireo y gozar de su embrujo nocturno a más de visitar el famoso museo. He descifrado la dirección de un ómnibus: Eleusis.

Desde la época en que Atenas se llamaba Kekropia y era ya la más importante ciudad de Atica han corrido mucho más de tres milenios. Pandelís Prevelakis, el gran novelista griego contemporáneo, me cuenta que fue desde la Acrópolis desde donde el Rey Egeo miraba hacia el mar, en la espera de las naves que habían viajado a Creta y que Teseo había enlutado, con la promesa de no arriar las velas negras sino después de haber dado muerte al Minotauro. Pandelís me señala en el mapa el lugar exacto desde donde el Rey se arrojó al ver las alas de la muerte en el horizonte.

Las oficinas especializadas en el turismo americano, hacen el "tour" en un día con las explicaciones pertinentes. Por unos cuantos dracmas se puede viajar en menos de doce horas a lo largo de algunas decenas de siglos: desde la colección de rostros de oro que Schiliemann descubrió entre los escombros de la vieja Micenas hasta la Atenas moderna, sin olvidar el Partenón y la esquina del Agora donde estuvo predicando el Apóstol. No es posible encontrar nada más práctico y perfecto, con la agradable facilidad de que se puede hacer en varios idiomas. El proceso es una especie de máquina del tiempo fascinante, dentro de la cual puede instalarse cualquier viajero que, sin duda alguna, no esperaba encontrar toda la historia de la humanidad occidental, ordenada y digerida en unas cuantas horas. Así, se contempla el desfile de los héroes anteriores a la famosa guerra hasta los monumentos del día de hoy sin que se olvide ni a Solón, ni a Pisístrato, ni a los Persas, ni a los Romanos, ni a Bizancio, ni a estos reyes de la moderna Atenas que descienden de un Otto de Bavaria.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Por los museos se ve a los turistas con la lengua afuera, de estatua en estatua, de vitrina en vitrina, escuchando con una atención impresionante los diversos aspectos —cada uno de los guías explica una de su especialidad "que no es para simples turistas"— de las cosas que ven. Jamás he sentido tan claramente la impresión del gregarismo de la humanidad: ahí va el rebaño alemán, y el rebaño sueco, el rebaño francés, y el rebaño americano; salto de grupo en grupo con la felicidad de no pertenecer a ninguno, pero con la secreta e inconfesable nostalgia de no encontrar el español. Al caer el día, los encuentro de nuevo cansados y felices de haber hecho el periplo completo de Atenas —el periplo completo de la historia— y resplandecientes de haber pisado una grada de la eternidad. Aquí estamos todos en la plaza Síntagma, tomando un café, una limonada o un vaso de licor.

Hoy he estado en el Museo Arqueológico y recuerdo muy poco de lo que he visto. El rostro que Heinrich Schliemann reconoció como el de Agamenón en la tumba de Micenas, ocupa mi mente y se repite en estancias infinitas. Es como si dentro de mi cabeza existiera un laberinto con esa máscara suspendida en todas las paredes; hacia donde dirijo la atención, la encuentro con su recortada sonrisa indestructible, y he pensado que se está burlando de nosotros. El oro refulge y el misterio refulge más hondamente con su enigma inmortal. Hay otros rostros del tesoro del Atrida que sonríen también, con un gesto que solo he visto en una estatua de Azur, muy seguramente contemporánea de este oro mortuorio.

Las máscaras que encontramos en la primera sala del Museo Arqueológico son las más antiguas sonrisas de Grecia: vienen desde el fondo de los siglos, y nos miran benignas e inmutables, con una serenidad matinal y una frescura que nos confunde. Algo nos dicen... El artista que labró sobre el yunque estas líneas tenía un propósito, y hablaba un lenguaje que no podemos entender; un lenguaje lento, pausado, hecho de giros muy suaves, que me parece entrever en los gestos de los griegos de hoy. Cuando un griego hace un ademán para indicar una calle o un sitio, lo hace muy suavemente, sin premura. Parece que contara con todo el tiempo para ello. Mi impaciencia de recién llegado ha hecho ya su necesario aprendizaje: empiezo a comprender que es necesario hacer una espera, una corta espera para todo, y que esta es una raza muy antigua y muy sabia para acomodarse a los vértigos de nuestro siglo.

Los principios del otoño, ya un tanto avanzados, conservan las huellas de un verano que no se quiere ir. El aire estival fermenta en la plaza Síntagma con los turistas. Felicity todavía anuncia el periódico de mesa en mesa, y los vendedores de esponjas marinas recorren la plaza con su inmensa y liviana carga ceñida a la cintura. Me siento cansado. Aún no conozco a nadie, es decir: he visto solo personalidades oficiales en las oficinas de las Naciones Unidas y en el Ministerio de Educación, en donde me han hecho un plan de visita muy acomodaticio que me aburre desde el principio. El día lo he puesto al servicio del Museo Arqueológico. Ahora que degusto un vaso de jugo de naranja americano, pienso en que he desperdiciado el tesoro solar viendo los restos de la antigüedad embalsamados en las vitrinas. Me estremezco de que este horrible pensamiento se

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

pueda transparentar, cuando contemplo cerca de mi a un grupo de eruditos viajeros alemanes, que estudian las "guías azules" y hacen planes para sus visitas de mañana.

Pero es que la experiencia de los museos es un tanto decepcionante: no es posible que tantos trozos de perfección se puedan reunir con un criterio histórico o con una determinación erudita, porque primero que todo han sido arte: fueron formas de un lenguaje que pertenece a una lógica diferente a la que emplea la ciencia cuando hace sus generalizaciones. Me desespero viendo cientos de vasos antiguos, cientos de ánforas, cientos de objetos distintos en una misma sala. Tengo la impresión de que cada uno excluye al otro; que una por una de las ánforas necesita un palacio para ser admirada cabalmente, y que cada palacio de estos, requiere un sacerdote para explicarnos en forma minuciosa que allí están los detalles de la muerte de Patroclo, o que aquel dibujo ejemplar describe uno de los trabajos de Heracles, o que el canto de ese jarrón narra el viaje infernal de Orestes y su regreso terrible, o que Zeus allí, en esa curba delicada, comete uno de sus raptos asombrosos. Estas salas en donde tanta perfección se apretuja producen mareo, y llega un momento en que alguien, desde lo más profundo del ser, se revela y rechaza ese criterio de coleccionista de estampillas para estas obras. Los guías pasan con su tropel, anunciando muy inteligentemente los siglos a que pertenecen las diversas secciones, o diciendo: "Todo lo que vemos en esta vitrina tiene como tema la lucha de Aquiles contra Héctor, que ustedes han leído en la Ilíada". Y así, llegan al próximo salón. Y en el próximo salón hay una obra del siglo VI, o del siglo V antes de Cristo, que necesitaría una legión de poetas para ser debidamente cantada.

Mas esta borrachera que produce el conjunto discriminado de tantas cosas bellas, va haciendo viviente una convicción que antes era un tanto libresca, y es la del nivel prodigioso a que llegó el mundo helénico antiguo. Se hace cada vez más claro el por qué estas cosas han deslumbrado de tal manera al espíritu humano, pues apenas cabe en la imaginación que el genio del hombre realice un milagro semejante en tan corta medida de la historia. Pero el hecho es patente: está ante los ojos, y se magnifica hasta estelares distancias con las obras de sus poetas y de sus pensadores, quienes si bien se mira, lo que en verdad hicieron fue compilar, resumir y ordenar algunas de las creencias populares, y transmitir a los siglos venideros la poesía que el pueblo elaboró para explicarse el universo y el sosegado movimiento del Cosmos.

Los turistas escriben sus tarjetas postales infatigablemente sobre las mesas del café y yo también escribo las mías. En mi frente están las oficinas del "American Express" y por allí pasa un río de viajeros a recoger correspondencia y a cambiar su moneda. A mi lado hay un kiosko donde se consiguen todas las revistas europeas y americanas, los periódicos griegos, y donde se puede adquirir un paquete de los deliciosos Papastratos, un cigarrillo picante que estimula las mucosas nasales y que no voy a abandonar a todo lo largo de mi viaje. Los periódicos tienen titulares azules y páginas muy bellamente dispuestas.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

¿Alemana? ¿Inglesa? ¿Noruega? De todas maneras es del norte. Esta mañana la vi en el Museo y no formaba parte de ninguno de los grupos en movimiento. Caminaba con cierto desgano y tomaba notas con un lápiz que se llevaba frecuentemente a la boca. Las gafas de marco negro, no alcanzaban a ocultar la finura de un rostro muy delicado y perfecto. La seguí como al descuido a lo largo de muchas salas, y varias veces la miré al través de las vitrinas, pero ni un solo instante hizo un gesto de compresión. Parecía muy vivamente sumergida en el estudio de las bellezas antiguas. Ahora pasa acompañada por un griego y me ha sonreído como si fuéramos viejos amigos. Yo le he contestado con un "haló" internacional con un poco de tristeza. Hay tanta alegría en su rostro...

Ahora empiezo a ver un poco más claro. Puedo diferenciar a los turistas de los griegos que parecen turistas. Aquí, en este café de Síntagma saltan de mesa en mesa los especialistas en el turismo femenino de Europa y de América. La mayoría de ellos tienen contactos con las agencias de viajes. Es un trabajo muy interesante en el que se mezclan los negocios y el amor. Hoy ya he distinguido a Mynas, el gran especialista, pero todavía no conozco su nombre ni se cuál será el camino para acercarme a su amistad. Lo único que he comprendido muy bien, al verlo discurrir de mesa en mesa con esa fácil sonrisa en los labios, es que él posee una de las claves de Atenas.

¿Y las mujeres griegas? Aquí están entre estas gentes de todo el mundo, con su vieja e incofundible distinción, la mayoría de las veces en grupos familiares más o menos numerosos. Homero nos cuenta el asombro que produjo ante los ancianos que en la puerta Escea discutían sobre si la reina debía o no permanecer en Troya, y si era conveniente continuar la batalla por su causa. Solo nos habla de su paso para hacernos comprender la belleza de la argiva. No nos dice cómo era su piel, o su rostro, o el color de su pelo, sino que simplemente sugiere el deslumbramiento de los hombres asediados, que después de verla confirma la aceptación del sitio hasta el fin. Este es uno de los artificios más célebres de la poesía en todos los tiempos, tan ejemplar y perfecto como los trucos ópticos de las columnatas del Partenón. Yo no puedo apelar a nada semejante para decir algo de las mujeres que he visto pero si se fuera a acabar el mundo, afirmaría que en Grecia están las mujeres más bellas de la tierra.

Lo que llama la atención no es simplemente la belleza formal que revela una rubia descendiente de los dorios, o el salvaje resplandor de una morena, hija de una raza más antigua que la dorada hiperbórea. No. Es algo más, que está en la piel aceitunada, anaranjada, dorada con relámpagos de perla, que se esconde en las manos sutiles y en los ojos de mar hondo, de mar dormido, de mar. Es lo pristino del universo, el resplandor auroral de lo que todavía está en conexión con las fuerzas más profundas de lo creado; con un furioso poder que atrae como el ámbar, y una pesada oscuridad capaz de producir tempestades eléctricas al menor contacto.

No puedo entender a estos griegos que miran con ojos de perro a las desteñidas americanas, cuando ellos tienen un idioma que no está a mi alcance para hacer intimidad con las hijas de los dioses. Frente a mi pasan

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Electra, Nausicaa, Antígona, Penélope, Clitemnestra, pero sobre todo Nausicaa, como un cievo del mar, que ya no se si he visto en la realidad o ha sido una obra de la destructora imaginación.

He hablado de la piel oscura y de los ojos claros, pero también podría hablar de los cabellos y de la esbeltez de los cuerpos; de sus gestos, de la voz que detuvo a Odiseo diez años en las islas y que tiene todos los registros; del misterio que ciñe esa vida tumultuosa que puede llegar a todos los excesos, misterio que entrevemos como un pecado ceñido por una aura matinal o como una serpiente en un fragilísimo vaso de alabastro. En cada una de estas mujeres parecen florecer los ardores más persistentes del mundo dentro del influjo materno y venerable de unas fuerzas vitales que han logrado su equilibrio: un poder asombroso que cuando el sonriente rostro de Agamenón descendió a los reinos subterráneos de Hades hace treinta y cinco siglos, había sido causa de crímenes inenarrables de los cuales conocemos apenas un apagado susurro.

Leo que hay varias teorías sobre la raza del actual pueblo griego, y que los científicos discuten sobre las influencias de los esclavos, o sobre las que otros pueblos invasores dejaron. Pero esto muy poco me dice: al fin y al cabo, toda teoría por enorme que sea se puede probar con cierta dosis de lógica y un poco de tenacidad. Yo no puedo creer en cosa distinta de que aquí está la directa descendencia de los dioses, y que cualquiera de estas mujeres podría despertar el Olimpo si se lo propusiera.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.